

¿CÓMO PUEDO DEFINIR LA REVERENCIA?

Muchos de los conceptos que nosotros, los seres humanos tenemos de las cosas provienen de nuestra propia cultura, lo que nos han enseñado nuestros ancestros, y los que imaginamos al leer cualquier libro, incluyendo las Sagradas Escrituras. Debemos reconocer, que en no pocas ocasiones, hacemos que nuestras ideas arraigadas por la costumbre y las tradiciones, inclinen la balanza de las ideas y los criterios a lo que siempre hemos creído como lo bueno, lo mejor, lo aceptable, lo lógico, en fin, lo que se ajusta a nuestros pensamientos.

Por ejemplo desde que era niño, cuando asistía a la iglesia, se me enseñó que la reverencia era sinónimo de silencio, solemnidad, quietud, seriedad y gravedad. Recuerdo la Cena del Señor, por mucho que se enseñaba que era un rito, que aunque solemne, porque recordaba la muerte del Señor, es a su vez alegre porque esa muerte y su resurrección nos trajeron redención y vida eterna y según el propio Jesús, al practicarla, recordaríamos su sacrificio “hasta que Él venga” y su venida es la culminación mediata de su plan para la humanidad arrependida.

Digo hoy, después de tantos años forzando textos de la Biblia, haciéndoles querer decir lo que no decían, traje conmigo aquellos conceptos por años, que gracias al estudio profundo de la Biblia, a la Hermenéutica o Exégesis, hoy puedo ver lo que Dios quiso decir con aquellos pasajes.

Para comenzar mi comentario sobre la reverencia puedo decir que hemos tergiversado lo que quiso decir el profeta Habacuc en el capítulo 2 del libro que lleva su nombre y el versículo 20. El profeta desarrolla en su libro sus sentimientos encontrados al ver como los impíos pasaban airosos su vida, mientras que los justos sufrían, al parecer, sin causa. Cuando él llega al capítulo 2 expresa que debemos callar, entiéndase, no por reverencia, sino que quiso decir que no debíamos proferir ninguna queja ante Dios cuando humanamente no entendemos por que las cosas suceden de una manera diferente a la que nuestros conceptos conciben como correctas en contra de la voluntad de Dios. Por años hemos usado este texto para inclinarlo de alguna manera solapada a nuestros criterios de lo que significa la reverencia, y muchos lo utilizan

para lograr que los demás piensen como nosotros, pero el recurso no es justificado. El verbo callar que aparece en ese versículo no está indicando en ninguna manera que ante la presencia de Dios, no debemos ni hablar, ni alabar, con gozo y júbilo a nuestro Creador, solo está diciendo que cuando veamos las cosas pasar y no las entendamos, como le pasó a Habacuc, que en vez de quejarnos y pensar que Dios no está haciendo las cosas como deben ser, que callemos y dejemos a Dios actuar. Que Él está en su santo Templo en el Cielo al control de todo.

Otro texto que siempre se nos enseñó para “mostrar reverencia” fue el que aparece en 1 Reyes 19:8-12 donde Jehová se le mostró a Elías en un silbo suave y apacible. El pasaje nos dice así: “Se levantó, pues, y comió y bebió; y fortalecido con aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta Horeb, el monte de Dios.

9 Y allí se metió en una cueva, donde pasó la noche. Y vino a él palabra de Jehová, el cual le dijo: ¿Qué haces aquí, Elías?

10 El respondió: He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas; y sólo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida.

11 El le dijo: Sal fuera, y ponte en el monte delante de Jehová. Y he aquí Jehová que pasaba, y un grande y **poderoso viento** que rompía los montes, y quebraba las peñas delante de Jehová; pero Jehová no estaba en el viento. Y tras el viento **un terremoto**; pero Jehová no estaba en el terremoto.

12 Y tras el terremoto **un fuego**; pero **Jehová no estaba en el fuego**. Y tras el fuego un **silbo apacible y delicado**.

13 Y cuando lo oyó Elías, cubrió su rostro con su manto, y salió, y se puso a la puerta de la cueva. Y he aquí vino a él una voz, diciendo: ¿Qué haces aquí, Elías (el énfasis es nuestro)

Basado en este texto se nos enseñó que la presencia de Jehová inspiraba el tipo de reverencia que nosotros entendíamos que era manifestada en el silencio.

Estos textos encuadraban tan perfectamente en nuestros criterios de reverencia que llegamos a considerarlos de una forma tan absoluta que desdeñamos, sin malas intenciones, por supuesto, otros textos que nos manifiestan adorar a Dios de otra manera considerada por los afilados a

la idea errada de la reverencia, como ruidosos o escandalosos.

La presencia del Espíritu Santo, quien consideramos que también es Dios se hizo notable durante el Pentecostés de una forma muy diferente a la que se manifestó en aquella cueva donde estaba Elías.

Según Hechos de los Apóstoles capítulo 2 versículos del 1 al 4 leemos lo siguiente: “Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos.

2 Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplabá, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados;

3 y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos.

4 Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen. (El énfasis es nuestro)

Dios se manifestó en esta ocasión de otra forma y creo que sería muy atrevido de nuestra parte pensar siquiera que no hubo reverencia en aquel lugar. Por supuesto, si seguimos con los conceptos errados de reverencia pecaríamos al juzgar al mismo Dios.

Termino mi meditación citando un Salmo muy efusivo, por cierto, de solicitud de alabanza por parte del salmista.

Salmo 98: 4-9

4-Cantad alegres a Jehová, toda la tierra; Levantad la voz, y aplaudid, y cantad salmos.

5 Cantad salmos a Jehová con arpa; Con arpa y voz de cántico.

6 Aclamad con trompetas y sonidos de bocina, Delante del rey Jehová.

7 Brame el mar y su plenitud, El mundo y los que en él habitan;

8 Los ríos batan las manos, Los montes todos hagan regocijo

9 Delante de Jehová, porque vino a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia, Y a los pueblos con rectitud.”

Parece ser por esta declaración y la de Hechos de las Apóstoles, la reverencia se muestra de diferentes maneras, ya sea en el silencio o no. Tampoco parece aceptable circunscribir a diferentes espacios la manera en que debemos adorar a Dios, ya sea en el templo, o en otro lugar. También sería bueno señalar que aunque el templo es un lugar separado por el hombre para adorar a su Dios, y debemos ser reverentes, y ya ha sido explicada la reverencia como realmente es,

nunca pensemos que hay igualdad entre los templos y el Santuario que Jehová le pidió a Dios que hiciera según el modelo que él le mostró.

La sierva del Señor refiriéndose al Santuario escribió lo siguiente:

“ Sin embargo es inútil especular en cuanto a las dimensiones, la apariencia exacta o la disposición precisa del santuario celestial, porque "ningún edificio terrenal podría representar la grandeza ni la gloria de ese templo" (PP 370, 371). El hombre fue hecho "a la imagen de Dios" (Gén. 1: 27), pero sólo Cristo es "la imagen misma de su sustancia" (Heb. 1: 3). Lo finito apenas si puede asemejarse a lo infinito. **A Moisés no se le mostró el santuario celestial mismo, sino una** representación de él. El santuario terrenal fue trazado según el modelo celestial, puesto que constituía una vívida **representación** de los diversos **aspectos del ministerio de Cristo** en favor del hombre caído (PP 370, 371). Debíamos centrar nuestra atención en lo que allí está haciendo por nosotros, como lo hace Pablo en Hebreos (Heb. 3: 1; 10: 12, 19-22; etc.).

Dios los bendiga.